292

SEGUNDA PARTE.

DE LA VIDA Y PENITENCIA QUE EN EL MONTE Arsanio, junto à Roma, hizo una muger natural de Valladolid, la qual habia sido Renegada en Argel, y como convirtió à dos hijos suyos, sin conocer los hijos à la madre: y su buen fin.

DIos Padre, Rey sempiterno,
sea quien siempre me ampare;
Dios Hijo, me dè gobierno,
y el Santo Espiritu Eterno
ponga luz donde faltáre.
Quien la paz y vencimiento
traxo al mundo por vitoria,
alumbre mi entendimiento,
mi lengua, gracia, y aliento,
mi pluma, plana, y memoria.

Con su ayuda singular,
estarè seguro y cierto,
que podrè bien negociar,
y seguramente entrar
por la barra estrecha al puerto.
Pues, Princesa de la Gloria,
barra segura, que dais
al alma puerto y vitoria,
por la barra de mi historia
me sigo, si me guiais.

CO-

COMIENZA LA OBRA.

Tiempo es ya que nos dexemos
del vicio malo pendiente,
pues con vicios nos perdemos,
y nuevo exemplo tomemos
de una muger penitente.
En Valladolid nacida
fue esta bienaventurada,
de sus padres muy querida,
y por enmendar su vida,
es de Jesu-Christo amada.
Vereis que por la riqueza,
y vicios negò al Señor,
y con quanta fortaleza
de fe y divina firmeza
tornò à buscar su Pastor.
Vereis la que se vestia
de seda y finos colores,
diferentes cada dia,
y en rica cama dormia
de muy suaves olores.
Como recordò del sueño,
y procura nueva luz,
y con dolor no pequeño,
busca su perfecto dueño,
que muriò por ella en Cruz.
Vereis como al mundo olvida,
hijos, marido, y hacienda;
con fe viva arrepentida,
va à buscar el Pan de vida,
con proposito de enmienda.
Vereis quien sirviò à Mahoma
veinte y seis años cabales,
como al Señor vuelve y toma
el camino para Roma,
por penitenciar sus males.
Vereis quien vivido habia
tantos años al reves;
y tanto fausto tenia
que ya descalza venia,
corriendo sangre los pies.
Vereis quien se regalaba
con buenas conservas finas,
que con yervas se pasaba,
y desnuda se acostaba,
entre las duras espinas.
Vereis que como se viò
en Roma, puerto seguro,
la tierra santa besò,
y à Dios mil gracias le diò
con entrañable amor puro.
Y como en San Pedro entraba
gimiendo su grande error,
en un rincon se sentaba,
que de verguenza no osaba
mirar al Altar mayor.
Su boca en tierra pegò,
y suspirando entre sí,
à Jesus perdon pidiò,
y nueve horas llorò
sin levantarse de alli.
Por la fiesta celebrada
de Maria Magdalena,
fue del Papa perdonada,
y tambien reconciliada
esta muger santa y buena.
Y despues de recibir
à Jesus, Rey soberano,
que hace las almas vivir,
se fue luego à despedir
del Sacerdote su hermano.
Dixo la dueña prudente:
Mel-

Melchor de Salcedo, hermano,
ya quiso Dios soberano,
que me limpiase en la fuente,
que da salud al Christiano.
Estos dias que tasados
me diò Dios por su clemencia,
los quales estan contados,
quiero que sean gastados
en ayuno y penitencia.
He menester prestamente
arrojar de mí la carga,
conque el alma pena y siente,
pues esta vida presente
es breve, y esotra larga.
El Sacerdote sentia
con esto, pena y pesar,
y à su hermana la decia,
que por què no se queria
volver à su natural?
Pues sabe que es tan copiosa
Valladolid y cumpilda,
de todo bien abundosa,
vida alegre y deleytosa,
y sobre todo escogida.
Ella dixo: no se aplaca
con el deleyte la pena,
sin gustar de la triaca,
que gustaron la Egipciaca,
y Maria Magdalena.
Mi intencion es habitar
por el aspero desierto,
y este mi cuerpo domar,
hasta hacerle bien pagar
el mal que tiene encubierto.
Al tiempo de despedir,
vereis la lamentacion,
el suspirar y gemir,
y el abrazarse y decir
palabras de triste son.
El Clérigo procuró
luego un baxel en el Puerto,
en que à España se partió,
y la hermana caminó
para el aspero desierto.
Veinte y una legua fue
desde Roma al Monte Arsanio,
do padeció hambre y sed,
y siempre puesta su fe
en Jesus, Rey Soberano.
Por la mayor espesura
inhabitable se entró;
muy aspera, seca, y dura,
por do humana criatura,
jamas pasò, ni habitó.
El vestido se quitaba,
que se le hacia enfadoso:
en carnes vivas quedaba,
tanto, que no cobijaba
mas que el lugar vergonzoso.
Este vestido tenia
guardado en cierto lugar,
que nunca se lo vestia
hasta que à Roma venia
cada año à comulgar.
Su cuerpo continuo andaba
sujeto al frio, y al viento:
el roxo Sol la abrasaba,
y con yerbas se pasaba,
sin otro mantenimiento.
En las rodillas tenia
asperos callos de estar
en la oracion noche y dia,
y

y las espaldas traia
asperas de se azotar.
El pecho muy lastimado,
la carne negra, tostada,
el rostro desemejado,
muy enjuto, y arrugado,
como cosa traspasada.
Y sus cabellos preciados
de odifero color,
que andaban muy enrizados
tenia diferenciados,
del ayre, frio, y calor.
Los ojos tenia sumidos,
y sus labios delicados,
muy asperos y cortados;
y sus pies, antes pulidos,
abiertos, y ensangrentados.
La Semana Santa entraba
en Roma con humildad;
confesaba y comulgaba,
y los vestidos llevaba
solo por honestidad.
Y despues que aposentaba
en sí tan ricos tesoros,
al desierto se tornaba,
y à nuestro Señor rogaba
por aquellos hijos Moros.
Que como viò que quedaron
Moros, sin conocimiento
de fe, que no la alcanzaron,
ni en ella les enseñaron,
sentia mucho tormento.
Y puestas entrambas manos,
rogó à Jesus, que en la Cruz
padeció por los humanos,
que los hiciese Christianos,
guiandolos con su luz.
Dando por ellos gemidos,
rindiola el sueño y oyò:
ve por tus hijos queridos,
que serán favorecidos
del Señor que los crió.
No temas en la partida,
que de enemigos malignos
no te verás perseguida,
ni allá serás conocida,
de tus hijos y vecinos.
Como recordò y pensò
en lo que soñado habia,
del desierto se saliò
à donde penitenciò
ocho años con agonia.
Con lagrimas se despide
del desierto do habitaba,
y por merced à Dios pide,
que en ningun tiempo la olvide,
pues à èl se encomendaba.
Ochocientas leguas fue
entre Moros, do pasò
hambre, trabajos, y sed,
por enriquecer con fe
à dos hijos que pariò.
Como Dios quiso que viera
à sus dos hijos amados,
llorando entre sí dixera:
ay hijos, quién os tuviera
dentro en Roma bautizados!
Como en casa entrar los viò
la madre noble y prudente,
asegurar los dexò,
y limosna les pidiò,
diciendoles humilmente:
Ca-

Caballeros, consolad
à esta necesitada,
asi la consuele Alá
à vuestra madre que está
por vosotros bien penada.
El mayor hablò muy triste,
que mas claro lo entendiò,
y le preguntò: Tú viste
algun tiempo, ò conociste
la madre que nos pariò?
Ella dixo: bien la vi,
y os podré dar nuevas de ella;
y os prometo, y digo asi,
que mejor la conoci,
que no vosotros à ella.
Los dos hermanos lloraron
viendo à su madre nombrar,
porque en estremo la amaron,
y en un retrete la entraron,
donde la hicieron sentar.
En medio de ellos tenian,
haciendo llanto sobrado,
la cosa que mas querian,
aunque no la conocian,
como se ha desemejado.
Dixeron con pena triste:
la madre que nos pariò,
en dónde la conociste;
ò quánto ha que la viste,
despues que de acá pariò?
Dixo: yo la conoci,
quando Agueda se decia
de Azevedo, mas naci
quando ella en Valladolid,
en su mismo tiempo y dia.
Y tanto amor la cobré
que quando vino à Bugía,
la serví, y acompañé,
y quando ella cautivè,
por la desventura mia.
Y el dia que se casò
con Idaxar vuestro padre,
el mismo que os engendrò,
en las bodas me hallè yo,
con Adaxar vuestra madre.
Mucho deseados fuisteis
de la madre que os pariò,
que es la que tanto quisisteis,
y aun al tiempo que nacisteis,
mancebos, no dormia yo.
Porque de mi se fiaban
en sus partos dolorosos,
à su casa me llevaban,
y en su casa me hospedaban,
muy alegres y gozosos.
A entrambos os sustenté,
quando os veia me acordaba
de dos hijos que crié,
y os prometo por mi fe,
que mi propia leche os daba.
Decian con dolor triste,
y con lagrimas bañados:
madre, pues que nos pariste,
por qué causa aborreciste
estos hijos desdichados?
Si la Secta Turquesana
desechaste, madre nuestra,
fueramos de buena gana
à recibir fe christiana
en la compañia vuestra.
Qué es la causa que olvidais
à quien con dolor paristeis?
si-

siquiera no os acordais,
aunque mas cruel seais,
que en el vientre nos traxisteis?
Y si quisisteis dexarnos
para ir al Christianismo,
enviaredes à llamar,
que fueramos por lavarnos
en el divino Bautismo.
Doce esclavos que venian
del campo de trabajar,
y à dos que en casa tenian,
los dos hermanos decian,
que se fuesen à cenar.
Harto decia y porfiaba
para poderse escusar
del nombre que se le daba,
y en lagrimas se bañaba,
viendo sus hijos llorar.
Volvieronla à preguntar
si de su madre sabia,
y ella dixo: sosegar
podeis, porque os quiero dar
unas nuevas de alegria.
No esteis tan apasionados,
que en sosegando la casa,
y que estèn ya sosegados,
os contarè, mis amados,
toda la verdad que pasa.
Muy buena cena tenian,
y no hay manjar que les quadre,
que todo lo aborrecian,
con deseo que tenian
de saber ya de su madre.
Como cenar no pudiesen
de pena, su madre, y ellos,
mandaron que se la hiciese
una cama do durmiese
emparejada con ellos.
Como no era acostumbrada
dormir en lienzo delgado,
ni cama aparamentada,
no quiso la dueña honrada
mas que un cabezal doblado.
Despues de se encomendar
à Dios, que es supremo Padre,
comenzò luego de hablar
con sus hijos, y les dar
nuevas de su buena madre.
Diciendo: no tengais pena,
ni sintais afligimiento,
que vuestra madre está buena,
de tantas riquezas llena,
que no hay numero, ni cuento.
Y à tanto llega su honor,
que espera presto un dictado
de incomparable valor,
del mas supremo Señor
que en el mundo se ha hallado.
En Roma la vide buena,
firme en la divina fe,
de vicios malos agena
que esta Santa Quarentena
con ella estuve y hablè.
No comia, ni bebia,
si primero no lloraba
por dos hijos que tenia
metidos acá en Turquia,
porque mucho les amaba.
Y como yo me doliese
del cruel llanto que hacia,
la supliquè os escribiese,
y que por cierto tuviese,
que

que yo la carta os daria.
Siempre socorrida fui
de Dios, que es Celestial Padre;
una carta traygo aqui,
ved si conoceis ai
la firma de vuestra madre.
Despues que la desplegaron,
y la letra conocieron,
muchas veces la besaron,
y à llorar comenzaron
del contento que tuvieron.
Muchas veces la leian,
sin sueño les apremiar,
y à la muger la decian:
de qué manera podian
seguros en Roma entrar.
Dixo la madre: tomad
los esclavos que teneis,
ropa Turquesca les dad,
y otros quatro comprad,
que menester los habreis.
Al punto con brio iremos,
viendo la noche cerrada,
que à seis millas le tenemos,
y un vergantin aprestemos,
de los que van à pescar.
El su consejo tomaron
por bueno, y secretamente
bastimento aparejaron,
y quatro esclavos compraron,
gente moza, y diligente.
Todos fueron avisados
de su bien, y libertad;
y asi una noche, cargados
de bastimentos, y armados,
marcharon con brevedad.
De noche barcos hallaron,
un vergantin excelente,
listos al ferro zarparon,
y sin temor se embarcaron
todos veinte prestamente.
Tanta ventura tuvieron,
que por su buen navegar,
y un Piloto que traxeron
en treinta y seis dias fueron
à Roma à desembarcar.
Y siendo desembarcados
la buena dueña hablò
con sus hijos deseados,
diciendo: hijos amados,
veis aqui la que os pariò.
Abrazadme, veisme aqui,
no esteis como elevados,
que yo soy la que os pari,
y la que mi leche os di,
con la qual fuisteis criados.
Yo soy quien siempre ha rogado
à Dios, y à nuestra Señora,
que es la Virgen sin pecado,
os pusiese en el estado
de la fe que veis ahora.
Maravillados estaban
de lo que la madre hablò;
ambos hijos la miraban,
mas no se determinaban,
si fuese su madre ò no.
Sepas; hermano, una cosa,
el hijo mayor hablò:
Si es nuestra madre piadosa,
ha de tener una rosa
en los pechos, como yo.
Los dos hijos la apartaron,
y

y el pecho la descubrieron:
como la rosa la hallaron,
con mucho amor la abrazaron,
quando ya la conocieron.
Los llantos quiero dexar,
que entonces se acrecentaron
de gozo, y no de pesar;
y asi quiero declarar
el còmo se bautizaron.
Como el Papa conociò,
ser firme y bueno su intento,
Bautismo les concediò,
y un Obispo se le diò,
con gran musica y contento.
Siendo en Bautismos lavados,
al Papa los pies besaron,
y entre el Papa y los Prelados
mas de veinte mil ducados
de limosnas les juntaron.
En Santa Clara se entrò
la madre, segun es cierto,
que de cansada enfermò,
y tambien como pasò
gran trabajo en el desierto.
Queriendola Dios llevar
à su Reyno soberano,
mandó à sus hijos llamar,
porque les queria dar
la bendicion de su mano.
Y despues que se la diò,
y ellos besaron sus manos,
con amor los abrazò,
y mucho les encargò,
que fuesen buenos Christianos.
Noche propria que naciò
nuestro Redentor glorioso,
de ochenta y seis que pasò
su anima presentò
à Jesu-Christo piadoso.
Un olor que confortaba
del cuerpo santo salia;
gran resplandor le cercaba,
y su vida predicaba
quien de confesion le oia.
Que es à quien descubria
la dueña su corazon,
nueve años mas habia,
y asi, su vida decia
predicaba en el Sermon.
De donde habemos sacado
esta deleytosa historia:
plegue à mi Dios consagrado,
que nos sirva de dechado
para conseguir la gloria.

F I N.